

Mi paso por Editorial Labor*

José Martínez de Sousa**

Editorial Labor es una de esas empresas que uno querría fundar (o incluso refundar) si tuviera la capacidad dineraria suficiente para afrontar el reto. En realidad, se fundó mucho antes de que uno ni siquiera existiese. En efecto, el 16 de abril de 1915 Georg Wilhelm Pfleger, de Leipzig (Alemania), y el doctor Josep Fornés i Vila, de Barcelona, constituyeron oficialmente Editorial Labor, empresa que se dedicaría a la edición preferente de libros científicos y técnicos (medicina, odontología, farmacia, ingeniería, comercio). La nueva empresa aplicó por primera vez en nuestro país la venta de libros a plazos, que a la editorial le dio muy buenos resultados, puesto que, cuando en 1996 desapareció, aún vendía libros y colecciones por este procedimiento (la *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, entre otras).

No es fácil que en España o el mundo hispánico vuelva a fundarse una editorial como Labor, con sus características, modélica en su especialidad. Incluso su historia es modélica, pues fue capaz de superar infinidad de problemas, algunos verdaderamente serios, producidos tanto por los acontecimientos exteriores (la guerra civil, la segunda guerra mundial, las respectivas posguerras) como por las interiores (los diversos intereses en juego, los constantes cambios de propiedad en los últimos tiempos). Los fundadores nunca imaginaron que aquella editorial que fundaban en 1915, que tantos quebraderos de cabeza les daría por las circunstancias que había de atravesar, iba a terminar de forma tan poco elegante en 1996. Es esta una de las pruebas de que las empresas las hacen y las deshacen dos tipos de hombres. Unos, positivos y emprendedores; otros, meros garrapatas.

La editorial se especializó desde bien pronto en la adquisición de derechos para la edición de libros de fondo que se reeditaban constantemente (algo que definía a la Labor era el hecho de que tal vez el noventa por ciento de su producción procedía de la traducción). La primera de este tipo de obras fue la *Medicamenta*, aparecida a finales de 1916 y que se mantuvo en catálogo durante cincuenta años. Más adelante editaría varias obras de estas características, como el *Diccionario de botánica*, de Pius Font i Quer, que permaneció en catálogo desde 1953 (primera edición) hasta la desaparición de la empresa en 1996, con un mínimo de una reimpresión por año. Es destacable asimismo la *Enciclopedia Labor*, cuya redacción comenzó en los años cincuenta. Esta enciclopedia, la mejor de su género en España y el mundo hispánico aún hoy, es la única citada en trabajos extranjeros cuando se estudia y analiza este tipo de trabajos. Está muy bien hecha, muy bien estructurada, y su contenido y orientación se corresponden con los más adelantados de la época. Comprende nueve tomos en diez volúmenes más tres de suplemento.

Otra característica de la editorial era el establecimiento de colecciones, la primera de las cuales fue la famosa Colección Labor, subtitulada Biblioteca de Iniciación Cultural (BIC), dividida en doce secciones, impulsada y organizada por Manuel Sánchez Sarto y que llegó a publicar más de cuatrocientos títulos. Durante muchos años el mundo universitario hallaría entre los títulos de la colección el libro de texto necesario para los estudios de los alumnos. A esta le siguió, en 1965, la Nueva Colección Labor (NCL), ya sin subtítulo, realizada por el departamento de Ediciones Especiales de Labor (bajo la dirección de Josep Maria Mas i Solench, mi primer jefe en la editorial, persona amable y concedora del oficio de editor), por la que yo entré a formar parte de la empresa, primero interinamente (dos años) y después, a partir de 1968, fijo. Esta colección llegó a editar 181 títulos sobre los más diversos temas, siempre tratados por autores, tanto españoles como extranjeros, destacados en cada una de las materias en que aquella se dividía. Los últimos volúmenes son un verdadero batiburrillo bibliológico: la colección cambia de nombre, recupera el antiguo de Colección Labor, pero comienza numeración, obviando el hecho de que la Colección Labor ya tenía sus propios números. Es decir, que la Colección Labor moderna, que teóricamente seguía a la Nueva Colección Labor, en realidad recuperaba un viejo y noble título, pero se le adjudicaba una numeración nueva, a partir del 1. O sea, que la Colección Labor tiene dos números 1, dos números 2, etcétera, lo cual era un disparate desde el punto de vista de la biblioteconomía, como se encargaron de poner de manifiesto los bibliotecarios, que tuvieron que hacer encaje de bolillos para catalogar esas obras repetidas. Para entonces ya regía nuestros destinos el señor Sanglas i Muchart.

Cuando yo entré en la editorial a principios de 1966 era su director Manuel Mas i Martínez de Huete, quien en 1968 dejaría el cargo por motivos de salud. En la primavera de 1965 se había celebrado el cincuentenario de la empresa y esta parecía haber remontado todos los problemas derivados de las cortapisas impuestas por los vencedores en la segunda guerra mundial (inclusión de la editorial en las listas negras por la presencia de alemanes en sus órganos de decisión). La presencia en Hispanoamérica era intensa a la sazón, por lo que las celebraciones adquirieron carácter internacional. Sin embargo, en el seno del consejo de administración habían surgido tensiones por la diferencia de criterio en torno a lo que la empresa debía ser de allí en adelante. Así, mientras unos consejeros eran partidarios de seguir la senda científico-técnica que hasta entonces le había dado buenos resultados, pero cuyas ventas se producían especialmente a plazos (por consiguiente, la recuperación de la inversión era lenta), otros

* Capítulo 5 del libro *Antes de que se me olvide: una aventura tipográfica y bibliológica personal e intransferible*, con las memorias profesionales de José Martínez de Sousa, de próxima aparición en Ediciones Trea, de Gijón (<www.trea.es>). Ofrecido en primicia a *Panace@* por cortesía del autor y del editor.

** Bibliólogo. Barcelona (España). Dirección para correspondencia: jmsousa@teleline.es.

preferían obras de otro carácter, que tuvieran salida en las librerías y permitieran la recuperación rápida de las inversiones. En definitiva, la sección de ediciones se escindió en dos: Ediciones Generales, dirigida por Joan Vinyoli, y Ediciones Especiales, puesta a cargo de Josep Maria Mas i Solench. Detrás de esta decisión estaba Ramon Trias i Fargas, asesor del consejo de administración desde finales de los años cincuenta, quien adquiriría cada vez mayor influencia al ser nombrado secretario del consejo y después consejero delegado (lo era cuando yo entré en la editorial).

Finalmente, Trias i Fargas quedaba al frente de la empresa como consejero delegado desde 1968 y daba entrada en ella a Joan Guitart, que años después, de la mano del propio Trias, formaría parte del Gobierno catalán de Jordi Pujol, primero como consejero de Enseñanza y después como consejero de Cultura de la Generalitat de Catalunya por Convergència i Unió (CiU). Trias i Fargas, al propio tiempo jefe del Servicio de Estudios del Banco Urquijo, fue un director arbitrario, con una concepción personalista, no siempre profesional, de lo que era una editorial y cómo había que dirigirla. Como botón de muestra, se contrataron los servicios de especialistas en la redacción de una Biblia, pero el trabajo, después de dos o tres años y una fuerte inversión, fue suspendido. Para organizar el funcionamiento de la empresa en lo que al trabajo se refería (ruta del libro, tiempos, plazos, etcétera) contrató los servicios de una firma cuyas conclusiones no variaron ni un ápice la forma de actuar hasta aquel momento (que, por otra parte, era la más normal y lógica, con lo que podrían haberse ahorrado el importe del estudio). La única materialización del paso de aquella empresa por Labor fue una obsesión por que quedara constancia en un recibo de quién enviaba una obra a quién. Los recibos firmados por unos y por otros iban y venían cada vez que la obra daba un paso más en su ciclo de realización. Llegó un momento en que ya no se sabía qué hacer con tanto recibo... Un buen día alguien tuvo la brillante idea de olvidarse de ellos.

Por lo que a mí respecta, recuerdo a Trias i Fargas, por un lado, como el único director que, en mis más de cuarenta años de trabajo en el mundo editorial, me impuso una sanción, junto con mi compañero de departamento, porque, desde lejos, nos había visto hablando y, sin saber si tratábamos de problemas del trabajo o del juego del F. C. Barcelona, nos sancionó con un día sin sueldo (no sin empleo), aunque, inseguro de la justicia de su decisión, pidió que no constara en el expediente. El problema radicaba en que a quien quería sancionar era a otra persona, pero, como no le era fácil por su posición en la empresa, la emprendió con nosotros. En la parte positiva, Trias i Fargas firmó el contrato para la edición de mi primer libro, el *Diccionario de tipografía y del libro*, con la indicación de que se me comunicara que estaba satisfecho de firmar un contrato de edición con uno de sus empleados. Estos buenos deseos no se compadecieron con el comportamiento posterior, por cuanto, dentro de las banderías que existían en la editorial, de los jefes de las respectivas secciones unos eran partidarios de publicar el libro y otros de rechazarlo. Así, en este tira y afloja, pasaron casi tres años, y Trias i Fargas, que se había mostrado tan satisfecho de firmar el contrato, permanecía callado. Yo

no tenía otra solución que esperar y ver, puesto que hubiera sido torpe por mi parte rescindir aquel contrato del que Trias i Fargas estaba tan orgulloso... al principio. En este rechazo se distinguió un personaje apellidado Trullols que había entrado recientemente en la editorial para dirigir el departamento de contabilidad. Como las inversiones dependían de él, las que corresponderían a la edición de mi libro se destinaban sistemáticamente a editar otro. Un día le hice saber personalmente mi indignación por lo que estaba haciendo con mi obra, y parece que aquello surtió efecto, porque al año siguiente el libro figuraba en el plan de ediciones.

Trias i Fargas había traído a la editorial, en calidad de director de producción, a una persona que carecía de conocimientos técnicos y que lo único que podía alegar a su favor para ocupar el puesto era que su padre había tenido una imprenta. Es lo cierto que cuando Trias i Fargas lo presentaba a alguien le decía que Manuel Estrada era el jefe de producción más caro de España... Este hombre tan caro fue mi jefe poco después de que Mas i Solench dejase la empresa (1972). Era seco y frío, desconfiado, temeroso de que alguien le quitase el puesto. Aparte de que no tenía conocimientos profesionales, tampoco disfrutaba de cualidades para el mando. Desde el punto de vista técnico, le sacó las castañas del fuego quien había desempeñado el cargo antes que él, Carlos Oliveras Estragués, que era el que realmente conocía y aplicaba la producción editorial en Labor.

En 1974 Trias i Fargas facilitó el pleno desembarco en Labor de la Unión Explosivos Río Tinto con el 51 % de las acciones de la empresa (Río Tinto ya era accionista, con el 26,5 %, desde 1972, siempre de la mano de Trias i Fargas). A propuesta de Trias, la empresa de explosivos nombró director general a Francisco Gracia Guillén (consejero en representación de Río Tinto desde 1972 y más adelante director general adjunto), quien se apoyó técnicamente, entre otros, en Estrada, al que finalmente, años después, a principios de los ochenta, dejaría expulsar de la empresa durante una de sus ausencias. En junio de 1980, Trias i Fargas renunció a sus cargos en la editorial con motivo de su nombramiento como consejero de Economía y Finanzas en el Gobierno catalán. Falleció en Badalona en 1989 mientras pronunciaba un mitin.

En 1973, la editorial había absorbido a Barral Editores, S. A. (fundada en 1970), al adquirir el 51 % de las acciones. Carlos Barral fue nombrado director general adjunto de Labor y director de ediciones. Cuando Gracia accedió a la dirección general, se produjo un malentendido lamentable que no dejó de tener repercusiones notables y enojosas. Un redactor de *La Vanguardia* le hizo una entrevista a Barral y en el texto se deslizó una inexactitud: se decía que Barral era el director general de la empresa, sin matizaciones. Entre otras cosas, este incidente, que imagino fortuito, marcó las relaciones, esquivas y difíciles, entre Barral y Gracia a lo largo de los años (probablemente con anterioridad ya existía cierto rechazo mutuo). Barral escribió entonces un artículo, «Fin de capítulo», en *Cuadernos del Norte*, de Oviedo, en el que vertía ciertas afirmaciones y le aplicaba apelativos por los que Gracia llevó a Barral a los tribunales. Aunque la elección de Barral como senador (1982) pareció salvarle de las consecuencias de aquel escrito, Gracia

recurrió ante el Tribunal Constitucional, en amparo por la denegación de la solicitud al Senado (suplicatorio) por parte del Tribunal Supremo para juzgar al senador Barral. El 22 de julio de 1985 el Tribunal Constitucional declaró nulo el acuerdo del Pleno del Senado de 23 de noviembre de 1983 por el que se denegó la autorización para procesar al senador Carlos Barral. Por lo que yo sé, Barral vivió afectado por este hecho los años que le quedaban de vida. Murió el 12 de diciembre de 1989. Aquel día conocí la noticia mientras iba en taxi después de recoger en la Fundación Germán Sánchez Ruipérez el primer ejemplar de la primera edición del *Diccionario de bibliología y ciencias afines*.

Barral cuenta algunas de estas y otras cuestiones en *Cuando las horas veloces*. En esta obra, en su página 206, Barral escribe, refiriéndose a lo que era una tarde típica en Labor, cuando ya todo el mundo se había marchado: «Incluso los sabios gramáticos —como el señor Duval, el lexicógrafo Martínez de Sousa y otros menos esclarecidos— o el ingeniero Palop habían terminado ya sus tareas casi escolares». La primera vez que hablé con Barral fue en la editorial, recién ingresado él en su alto puesto. Hablamos de nuestros gustos tipográficos: él me confesó que detestaba la negrita y la negrita cursiva que yo empleaba en los títulos y subtítulos, respectivamente, y yo le manifesté mi horror por los títulos y subtítulos compuestos en versales y versales cursivas, respectivamente, que empleaba él. Tuve oportunidad de charlar con él largo y tendido en 1986, cuando los socialistas ya habían ganado por primera vez las elecciones generales, un día, en la presentación de un libro de un amigo común: Ramón Carnicer (*Las Américas peninsulares: viaje por Extremadura*). Y la última vez que lo vi fue en una ocasión en que yo iba en coche calle de Ganduxer arriba y él esperaba en un paso de peatones, envuelto en su capa, a pasar de una a la otra acera...

Además de Barral, e incluso antes que él, Labor había tenido entre sus trabajadores personas de mucha valía, incluso de repercusión internacional. Por ejemplo, Pius Font i Quer, director del *Diccionario de botánica* y de *Plantas medicinales: el Dioscórides renovado*; Manuel Sánchez Sarto; el poeta Joan Vinyoli; los hermanos Clotas Cierco (Salvador e Higinio, políticos, y Pedro, comercial); Mauricio Wacquez; Joan Manuel Gisbert, y entre los colaboradores externos (en mayor o menor medida), Josep Comas i Solà, José Camón Aznar, Vicente Aleixandre, Andrés Amorós, Jacinto Benavente, José Manuel Blecua, Manuel Calvo Hernando, Guillermo Díaz-Plaja, Wenceslao Fernández Flórez, Carlos Castilla del Pino, Camilo José Cela, Salvador Dalí, Ignacio Errandonea, Melchor Fernández Almagro, Salvador Fernández Ramírez, José Fernando Filgueira Valverde, Vicente García de Diego, Santiago Genovés, Daniel Giralt-Miracle, Ricardo Gullón, Miguel de Guzmán, Pedro Laín Entralgo, Fernando Lázaro Carreter, José Luis López Aranguren, Juan José López Ibor, Ramón Margalef, Ramón Menéndez Pidal, José María Millás Vallicrosa, Raúl Morodo, Tomás Navarro Tomás, Severo Ochoa, Joan Oró, Eduardo Ripoll Perelló, Martí de Riquer, Jordi Sabater Pi, Antonio Skármeta, Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Tovar, Ángel Valbuena Prat, Juan Vilá Valentí, Joaquín Zamacois, Xavier Zubiri y otras plumas distinguidas.

Tanto con Trias i Fargas como con Gracia, la vida en la editorial fue difícil. El uno, engolado y lejano; el otro, totalmente ajeno. Yo creo que a uno y otro la mayor parte de las personas que trabajaban en Labor o para ella les tenían miedo o prevención (el respeto es otra cosa). Como decía Barral, la editorial tenía mucho de fabril, a juzgar por su arquitectura y por la vida que arrastraban los que en ella trabajaban. Labor había atravesado días mejores, pero esos habían pasado para siempre. Lo que se avecinaba era mucho peor.

Francisco Gracia fue un director que ignoró a todo el mundo, salvo que las personas estuvieran muy cerca de él y tuvieran responsabilidades. Recuerdo que la primera vez (la única, para ser exactos) que me llamó a su despacho fue por culpa de una modesta publicación interna que yo dirigía en la que los empleados poníamos libremente de manifiesto nuestros problemas y añadíamos las posibles soluciones desde nuestro punto de vista. Se hizo en ella mucho hincapié en la irracionalidad de los horarios, que obligaban a los trabajadores a permanecer en la empresa un montón de horas divididas en dos partes, con lo que era imposible, o poco menos, dedicarse a otra cosa, cultivar una afición, pasear, ir al cine o a otro espectáculo, etcétera. Como todas las editoriales, Labor trataba muy bien, desde el punto de vista salarial, a los altos cargos (que en muchos casos eran los que menos lo merecían), pero los puestos de la tropa, que eran los que realizaban el trabajo, se despachaban con unos sueldos misérrimos. Y no había manera de cambiar la situación. Simplemente, el director se negaba a hablar del asunto; a veces, ni con los jefes de departamento.

Cuando me llamó a su despacho tardó poco en meter la revistilla en la conversación. Yo ya sabía que iba a ir por ahí (suponer otra cosa no tenía sentido). Me dio a entender muy claramente que la revista podía tratar muchos temas y desde muchos puntos de vista, pero que no le gustaba que se tratasen las reivindicaciones de los trabajadores. Yo le pregunté que si lo que me estaba sugiriendo era una revista con poesías a la primavera, a lo que respondió que sí.

—Bien. Esa revista no se la haré yo —le dije.

Ahí acabó la entrevista. Yo dejé la dirección de la revistilla (la había aceptado con la condición de poder hablar claro) y nunca más se me llamó a la dirección.

Empresarialmente, a Gracia le tocó la peor parte. La crisis de los años setenta y ochenta aconsejó efectuar un parón en la producción, lejos ya de los alegres y no bien meditados tiempos de Trias, en un intento por sacarse de encima los abultados almacenamientos que ocupaban toda la planta baja, grandiosa, de la empresa, abarrotada de libros. La pertinacia de esa crisis obligó a deshacerse de ciertos edificios o locales propiedad de la empresa que a estas alturas ya no cumplían los fines para los cuales fueron adquiridos. Por lo que supe, los había en Palma de Mallorca, Madrid, Bilbao, Buenos Aires y tal vez otros lugares. Fueron cayendo uno tras otro y el patrimonio de Labor era cada día más escaso.

A finales de 1977 la empresa decidió, por un lado, comenzar los trabajos editoriales de la *Historia de España* que había dirigido Manuel Tuñón de Lara a partir de una idea de Barral que ahora aprovechaba Gracia, trabajo que se encomendó al redactor José Balil, y por otro, iniciar los estudios para la

redacción de un volumen de suplemento al *Diccionario enciclopédico Labor*, cuya primera edición, en ocho volúmenes, dirigida por José Rubert Candau, se había realizado en la cursal de Madrid, a cargo de la cual estaba Javier Lasso de la Vega. Después de algunos tumbos a ciegas, la realización del volumen suplementario fue encomendada a un equipo editorial formado por Armando Duval, Jaume Estruch y yo mismo, con un ilustrador y documentalista, Luis Polanco. La tarea era inmensa. Empezamos por definir el diccionario, calculamos sus contenidos textuales e icónicos, el número de páginas idóneo en función de los volúmenes anteriores y una serie más de pasos que a quien no sea lexicógrafo ni siquiera se le ocurren. Para empezar, la edición original no era un dechado de virtudes y aciertos (en parte, fruto de la época). En la edición del volumen suplementario nos impusimos la necesidad de corregir los mayores desaciertos cuando ello fuera posible, al propio tiempo que tratábamos de mantener calidad y equilibrio interno en el nuevo volumen. Creamos un leuario lo más exhaustivo posible y lo desdoblamos por campos semánticos, de tal manera que en orden alfabético aparecían todas las palabras unas a continuación de las otras, pero en el segundo leuario se agrupaban las palabras de geografía, medicina, técnica, ciencia, etcétera. Se buscó un equipo de colaboradores a los que se les pidió exactitud en el cumplimiento de los plazos de entrega de los materiales y el compromiso de no copiar lo que al respecto dijeran otros diccionarios o enciclopedias. El plazo dado por la empresa para la confección del volumen era de un año. Después de ajustar los cálculos, el trabajo propiamente dicho se puso en marcha. Los originales se corregían de estilo, se revisaban, se completaban, iban y venían y en el camino se cruzaban con las galeradas y estas con las compaginadas. Todo se hacía al mismo tiempo: la redacción, la revisión, la corrección de estilo, la composición, la corrección de galeradas, la compaginación, la ilustración, la corrección de compaginadas, la comprobación de las remisiones, etcétera. En aquel tráfigo febril, yo, que había dejado el tabaco dos años antes, volví a fumar. Había sido tal la intensidad del trabajo (que, por cierto, se terminó un mes antes de lo prometido: se completó en once meses), que por una vez, sin que sirviera de precedente, la dirección de la empresa reconoció el esfuerzo del equipo director (Duval, Estruch y yo) y lo premió con una paga extra.

La dirección de la editorial consideraba que aquel volumen se vendería fácilmente, pues se ofrecería a los que ya poseían la obra en ocho volúmenes (la venta a plazos tenía esta ventaja: se conservaban las direcciones de los clientes). En efecto, así fue. Se vendieron no menos de treinta mil ejemplares, y ello permitió dar un respiro a la editorial, mientras se seguía trabajando en la *Historia de España*, de Tuñón de Lara. Esta obra, que empezó a venderse de inmediato por el sistema del crédito y el regalito de un televisor, una radio, un microondas, una bicicleta o cualquier otro artilugio a quien la comprase, se convirtió en la estrella de la editorial. Ello hizo posible que esta prestase atención a sus líneas tradicionales, especialmente a las obras técnicas y científicas, al tiempo que seguía vendiendo una obra, la historia, que parecía no tener techo.

En 1986 Unión Explosivos Río Tinto vendió sus acciones a una empresa llamada Alianza Holdings, de la que era principal accionista Diego Hidalgo Schnur, también accionista mayoritario en Alianza Editorial. En 1989 Francisco Gracia Guillén presentó su dimisión como director general. Diego Hidalgo vendió sus acciones de Alianza a Anaya y las de Editorial Labor a una empresa hasta entonces desconocida para nosotros, Telepublicaciones. Esta nombró director general a Manuel Sanglas i Muchart, antiguo delegado de Labor en Argentina. Alfredo Plana i Giner presidía el consejo de administración. La editorial había dado un vuelco total en todos los sentidos. Como si la azotase un vendaval incontenible, pronto perdió sus señas de identidad y se convirtió en una empresa anodina, vulgar y sin rumbo. Poco antes de la hecatombe o poco después de ella, casi todas las personas de cierto relieve intelectual desaparecieron de la editorial y nunca más se les volvió a ver el pelo. No es fácil imaginar la inmensa tristeza que se apoderó de todo, vital o amorfo. Ya no eran los mismos los pasillos, los despachos, las personas... Lejos quedaban los tiempos de Carlos Barral, Luis Izquierdo, Juan del Solar, Joaquín Romaguera, Mauricio Wacquez, Salvador e Higinio Clotas, Josep Maria Mas i Solench, Joan Vinyoli, Montse Mateu, Alberto Lázaro Tinaut y otros.

El departamento de ediciones (ya fusionadas en una sola unidad las Ediciones Generales y las Especiales) desde 1977 había corrido suerte varia. Con la salida de Mas i Solench (1972), Gracia había asumido la dirección de ediciones (1974), que posteriormente (a finales de la década de los setenta) delegó en Germán Marín a título de subdirector de este departamento. Rodeado de calculado misterio, de Marín se decía que venía de Chile, pero no se sabía mucho más. Es lo cierto que aterrizó un buen día en la editorial, no se sabe cómo ni por qué, siendo ya director Francisco Gracia y poco después se le encomendó ese puesto. Cuando desapareció de la editorial, a principios de los años ochenta (aprovechándose para despedirlo una ausencia de Gracia, como antes se había hecho con Estrada [cuya salida propició el mismo Marín]), el director encomendó sus funciones a Luis Tomás. Este podía valer como jefe de producción, pero como subdirector de ediciones navegaba en mares procelosos, lo mismo que su inmediato antecesor. Hombre conservador hasta extremos inconcebibles, le tenía a Gracia algo más que respeto; sin su anuencia no daba ni un solo paso si no existía un precedente que pudiera aducir. Ante esta situación, Gracia buscó un recambio, que al fin encontró en Jon Kepa Akordagoikoetxea, que ya había colaborado como traductor con Labor y con Scientific American (una empresa participada por Labor para la edición española de la revista estadounidense *Scientific American*). Akorda (como lo llamábamos familiarmente) no era, en principio, un editor, pero sí un intelectual. No le costó mucho, pues, acomodar sus conocimientos al nuevo escenario y dominar el terreno (no sin haber aprendido a esquivar las andanadas de su antecesor en el cargo, que seguía como jefe de producción). Él dotó de calidad a las ediciones y dirigió la sección con verdadera sabiduría. La empresa, entretanto, fue trasladada a la calle Aragó. El edificio de la calle de Calàbria fue vendido y posteriormente un conjunto de pisos surgió en

su solar. Akorda estuvo en Aragón poco tiempo. Salió en cuanto pudo y yo volví a encontrármelo no muchos años después, en *Bibliograf*, donde gracias a sus buenos oficios trabajé algo más de un año, cuando salí de Labor.

El director de Telepublicaciones (al principio no supimos con certeza qué era esta empresa, quién estaba detrás de los nombres, a quién pertenecía el capital, aunque sí sabíamos que muchos de sus miembros directivos, por no decir todos, pertenecían al Opus Dei), Alfredo Plana, decidió un día relevar a Sanglas de la dirección general y «ascenderlo» a no se sabe bien qué en otras esferas, para lo que reunió al personal en la sede de la calle Aragón y así hacer más solemne su decisión. Se veía claro que de lo que se trataba era de apartar a Sanglas de la dirección general. Sin embargo, para asombro de propios y extraños, al día siguiente Sanglas seguía siendo el director general de Labor porque ya nadie se acordaba de lo dicho el día anterior solemnemente por Plana ante todo el personal. Por cierto, en el mismo acto había sido nombrado director general un directivo opusdeísta directamente ligado a las ventas, pero tampoco tomó nunca posesión de su cargo... Entretanto, la sección de ediciones, ya sin el director, Akordagoikoetxea, tenía un nuevo director en la persona de Josep M. Francàs i Portí, miembro del Opus Dei como todos o casi todos los restantes (de Plana para abajo). Nos dimos cuenta entonces de que Editorial Labor, aquella empresa modélica creada setenta y cinco años antes por Pflieger y el doctor Fornés i Vila, estaba recorriendo, ya exhausta, desnortada y sin aliento, los últimos metros de su recorrido vital. Quien conoció sus mejores años, intelectualmente insuperables, y contemplaba ahora el ínfimo nivel cultural a que había llegado, no podía evitar un gesto de contrariedad, pena y conturbación.

En 1990 se celebraban las bodas de platino (setenta y cinco años) de la editorial. Como si nada sucediera, se preparó una celebración solemne y ampulosa. Se editó una publicación conmemorativa (*Barcelona cultural, 1915-1990*), por Jaume Serrats i Ollé, con un trabajo histórico relativo a la editorial por Josep M. Mas i Solench (redactado en catalán, texto que yo traduje al español), y el día 9 de mayo de 1990 se celebró una cena en el Palacio Real de Pedralbes con asistencia de la infanta Elena. Daba la impresión de que allí no sucedía nada especial y de que la editorial tenía vida para muchos años,

pero, lastimosamente, quienes estábamos dentro y vivíamos cada día sus achaques sabíamos que allí no había fuelle, que los directivos carecían de méritos para ocupar sus puestos y que ninguno de ellos, desde ningún punto de vista, estaba preparado para desarrollar su función en una editorial con seriedad y garantías. No basta nombrar a un director de ediciones para que este sea un buen director de ediciones. Los errores, los atrevimientos, la falta de conocimientos y de prudencia..., todo nos decía que en su estado actual Editorial Labor no era viable.

En su imparable movimiento de involución, la editorial fue trasladada a su penúltima sede (la última, una ignorada calle de Cerdanyola del Vallès), en la calle Escolles Pies, cerca del paseo de la Bonanova, donde estaba instalada la cúpula del Planetarium. Allí se llevaría a cabo el último simulacro de vida normal de una editorial que estaba herida de muerte y que lo sabía, lo que aumentaba, si cabe, su tragedia. Cuantos más personajes del Opus se acumulaban entre aquellas paredes (y no eran pocos), más débil se sentía la empresa. En una última escaramuza cuyo significado y causa desconocíamos, Manuel Sanglas y Luis Tomás fueron relevados de sus cargos y el primero salió de la editorial de la noche a la mañana.

Finalmente, los días 22 y 23 de diciembre de 1993 los profesores José Antonio Pérez Bouza, Miguel Casas Gómez y yo mismo en representación de Labor presidimos una mesa redonda titulada «María Moliner a la luz de la lexicología y lexicografía modernas» durante el *X Congreso de lenguajes naturales y lenguajes formales*, celebrado en Reus (Tarragona). Cuando volví a la editorial me comunicaron que ya no pertenecía a la empresa. Conmigo se iban a la calle algunas personas más para las cuales se generaba un tremendo problema: hallar un trabajo hasta que les llegara el momento de la jubilación, para algunos de los cuales faltaba mucho todavía. La empresa aún siguió tratando de mostrar que podía ser dirigida por una tripulación que no sabía qué era el palo de mesana. El 1 de agosto de 1994 hizo suspensión de pagos. En 1996 quebró y cerró.

Desaparecía así, ochenta y un años después de su fundación, una de las mejores editoriales que ha tenido el país en toda su historia. No mereció morir, porque Editorial Labor, bien conducida, con mano sabia y firme, podría haber durado muchísimos más años para bien y gloria de la cultura española.

